

703982 →

**L**a muerte de Jorge Millas, como toda tragedia, nos encuentra desprevenidos. No es éste el tiempo —ni hay ánimo tampoco— para realizar un examen doctoral y minucioso de su obra. Poeta (dos publicaciones juveniles y tal vez otras posteriores), ensayista, crítico, “contestatario”; pero ante todo, filósofo. (*Idea de la individualidad, El desafío espiritual de la sociedad de masas*, e innumerables trabajos en publicaciones chilenas y extranjeras). Habrá, por lo demás, que ordenar sus papeles: tenemos noticias de un cuento (HOY N° 272), de extensas anotaciones autobiográficas y de un nutrido epistolario y de nuevos poemas. Sabemos, por último, que editó hace pocos meses una colección de artículos sobre la situación universitaria. Lo que no sabemos es si esta obra ha sido autorizada o distribuida.

Acaso lo más que importe, lo que más pueda alentarnos hoy, sea recordar la estatura humana de este hombre que tuvimos el privilegio de conocer. Y dejar para tiempos más propicios el examen concienzudo de su obra.

De la vida de Jorge Millas siempre se sabía muy poco. En una época sus alumnos lo llamábamos “Heráclito, el Oscuro”: un poco por su tez morena, pero, sobre todo, por su hermetismo personal.

Era diáfana su palabra; abierto y afable su trato; todo esto lo más remoto del estilo oracular de Heráclito. Modesto por naturaleza, objetivo por vocación y disciplina, Jorge Millas era, no obstante, un ser a tal punto reservado que casi tocaba el misterio. En su rica y dilatada actividad intelectual, jamás daba un flanco personal ni osaba tocar el de otro. Agréguese a su retraimiento consentido y tal vez amado por él, algo sobre lo que se corrían mil afectuosas anécdotas: sus distracciones frecuentes.

La distracción —retraimiento involuntario— es como un eremitaje rápido y económico a fin de tomar fuerzas, para volver al presente y verlo mejor. Es cierto: Millas era distraído. Pero nadie que le conoció habrá podido dejar de percibir en él esa capacidad tan suya para entender en el acto dónde estaba y cómo debía responder.

Quien puso un poco de atención en esa misteriosa y atrayente humanidad —clara y enigmática, distraída y atenta a la vez— acaso también haya descubierto algo que jamás percibirá el mero lector de sus obras; quien siguió de cerca y con afecto la vida del filósofo, acaso haya percibido algo de lo que ocurre verdaderamente alma adentro de ese saber desgarrado que es el ejercicio de la filosofía; lo que ocurre dentro de ese saber cuando es un filosofar real con los otros, con las cosas y en medio de peripecias diarias que nos urgen a tomar decisiones.

La filosofía, socráticamente vivida como actividad cotidiana, es desgarró, por más serena que aparezca la mirada del filósofo. Es guerra sin cuartel por adecuar —Dios sabe cómo— la subjetividad inquieta, exigente, a una realidad escurridiza, compleja y, además, ambigua cuando se trata de la vida humana.

Oculto o sublimado, el desgarró marcaba todos los movimientos de Jorge Millas:

Varón escrupuloso, amigo a toda prueba de la razón, le tocó



OPINIONES

## Jorge Millas, o del difícil ejercicio del pensar

HUMBERTO GIANNINI IÑIGUEZ

vivir, y a menudo, enfrentar, la sin razón y la contra-razón. De haberse enfurecido alguna vez, habría llegado a participar, también él, del reino de lo arbitrario. Pero, Millas no conocía la ira. He aquí su primer desgarró.

Escrutador insobornable de las causas y del fundamento de todas las cosas en el plano teórico, en la vida de todos los días, fue confiado hasta lo indecible, gratuitamente, por pura bondad. Y, sin embargo, debió padecer —además de alguna infamia privada que lo dejó en la miseria económica— la desconfianza de los precipitados, en tiempos de la bella y atolondrada libertad que perdimos, y luego, el recelo, el hostigamiento y la exclusión, en los tiempos de veda intelectual.

Varón retraído, inexperto por propia confesión, para la vida pública, fue empujado por los hechos a los primeros planos de la vida nacional y en un momento tuvo que levantar la voz a nombre de los miles de seres silenciosos que no nos atrevíamos a hablar. Y el ejercicio honesto y mesurado de este derecho le valió, no ya la desconfianza, sino una guerra sistemática y demoleadora.

Resistió con la única arma que poseía, la verdad: honesta, rigurosa, bella, cuando salía de su pluma. Ganó públicamente una batalla importante contra la prepotencia del poder. Pero, en el fondo de su alma, Jorge Millas había perdido su guerra. Poco tiempo después (junio de 1981) abandonaba el único campo —la Universidad— en el que un espíritu como el suyo puede dar batallas en que cada contendiente sale ileso, y con una vida ennoblecida, además.

Fuera de las aulas, en medio de una sociedad insolidaria, torpemente pragmatizada, en medio de una sociedad en que el silencio y la ambigüedad —de técnica de defensa ha pasado a constituirse en modo de ser—; en medio de tal sociedad, más que “un lujo”, como se ha dicho, el pensamiento crítico, la filosofía, es un estorbo; el filósofo: un peligro para “la tranquilidad” ciudadana.

Pocos lugares quedaban a Millas para sentirse en su propio territorio. En cierto sentido, también él, expulsado de su “tierra nutricia”, andaba en exilio con su pensamiento, si no con su enjuta humanidad. Porque es falso, y siempre una trampa decirlo, que en la sociedad de los hombres el saber no ocupa espacio. Lo ocupa. Y como todo lo que es vital, una idea tiene sus exigencias de espacio: para crecer y multiplicarse, para alcanzar la conciencia de los otros seres humanos, necesita del aire, del papel, necesita de la tribuna y de un auditorio libre, cosa que ocurre normal y preferentemente en una Universidad.